

RECENSIONES

73103 ESTRADA MONROY, Agustín. — **Datos para la Historia de la Iglesia en Guatemala.** Tomo I. — Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala — Biblioteca "Goathemala". Volumen XXVI. Guatemala, C. A. — 1973. 439 págs.

La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala celebra los cincuenta años de su fundación dando a la luz pública este volumen XXVI de su estimada Biblioteca. El Lic. Estrada Monroy es miembro de dicha Sociedad y lo ha sido varios años de su directiva.

El libro lleva con marcada modestia el título de "Datos para la Historia de la Iglesia en Guatemala", como cuadraría la primera parte del título al valioso y repetidamente citado de las "Efemérides" de Joaquín Pardo, y como si por la segunda parte no interesara también a El Salvador y otros contornos de la actual Guatemala. Es verdad que hay gran acopio de datos, como, por ejemplo, los recogidos en las páginas del cuadro general de los obispos y arzobispos que han gobernado la Iglesia guatemalteca desde su erección en 1534 hasta 1969, y los de los gobernantes eclesiásticos en tiempos de sede vacante; o sobre el III Concilio Provincial de Méjico, de 1589, en el que tomó parte el tercer obispo fray Gómez Fernández de Córdoba, y que reguló la vida de la Iglesia en estas tierras, en lo fundamental hasta el Concilio Plenario de América Latina de 1899 celebrado en Roma.

Lo que caracteriza la obra de Estrada Monroy es el dejar bien delineados los rasgos típicos de cada prelado; y sería bueno que constase en la misma portada, para orientación de los lectores, que se trata principalmente de "Documentos para la Historia...". La reproducción fotográfica de algunos de ellos fundamenta la aseveración del autor: "Se ha procurado, en lo posible, apoyar esta obra exclusivamente en documentos originales existentes en todos los archivos de Guatemala, tanto eclesiásticos como civiles y privados. Cuando un documento u escrito proviene de determinado prelado, se ha comprobado siempre su autenticidad tanto en lo que respecta al papel, tinta, letra y demás detalles paleográficos de importancia, para poder brindar a los historiadores un máximo de garantía en lo que se transcribe" (pp. 45-46).

Con el valioso conjunto de documentos —muchos inéditos— aquí reunidos, y con el abundante acompañamiento de datos históricos bien atestiguados, el autor ha prestado un inapreciable servicio a la ciencia histórica, sobre todo con el imponderable trabajo personal de interpretación de manuscritos antiguos, y al dejar así abierto a los estudiosos y aficionados este tan manejable archivo histórico.

Este primer tomo recoge por orden cronológico los principales datos y documentos referentes a los 16 primeros obispos que atendieron a la plantación y primeros desarrollos de la Iglesia en Guatemala. Queda para los tomos siguientes la presentación de los prelados que sirvieron la sede guatemalteca elevada a arzobispado en 1743, unos antes y otros después de la Independencia.

Llama la atención el contraste que nota el autor entre los diez obispos españoles y cinco mejicanos por una parte, y el único de los 16 nacidos en la misma Guatemala. Este es el franciscano fray Juan Bautista Alvarez de Toledo, del que dice el autor: "Difícil momento para quien escribe una obra como la presente, el tener que mantenerse fiel a la verdad histórica, cuando en un personaje tan elevado se encuentra tal cúmulo de documentos que lo acusan tan desfavorablemente. Fray Juan Alvarez, en su vida pública y privada, sirve de contraste al comparar la sombra de su vida y actuaciones con la luz de santidad e ilustración, caridad y humildad de sus predecesores" (p. 409). La sinceridad con que procede Estrada Monroy ante la altanería y codicia de este prelado, le acredita como historiador honrado. Sigue la norma que Cicerón señaló como fundamental en este campo, al afirmar que el historiador "no se atreva a decir nada falso, ni deje de decir nada verdadero"; es decir, que para la historia sólo vale la verdad y toda la verdad. Cualquier mente sana puede reconocer que esos y otros vicios no son fruto del Evangelio que el mismo obispo predicaba, ni se dan en otros muchos prelados y cristianos colocados en puestos de responsabilidad.

El criterio de selección de documentos queda formulado por el autor en estas palabras: "Un documento completamente intachable, no importa su procedencia, siempre será un gran auxiliar para que el historiador pueda deducir responsabilidades en los acontecimientos y emitir su juicio" (p. 46). Creo acertado este criterio; con todo, si es posible, sería de desear una documentación acerca de los temas más importantes, procedente de varios testigos que nos den distintos puntos de vista. En la literatura de las misiones —como era entonces el campo de trabajo de los primeros obispos de Guatemala— es conocido el fenómeno de una visión más o menos distorsionada de la realidad, que suele darse en los misioneros, por ser casi los únicos defensores de la justicia que se hacen voz de los que no tienen voz, cuando exponen a sus superiores las injusticias que quieren remediar; pero se deja a un lado, o como escondidos, los aspectos positivos del mismo ambiente en que viven, como inútiles para su intento. Así, por ejemplo, en las cinco páginas del parecer sobre el servicio personal y repartimiento de indios, del tercer obispo fray Juan Ramírez de Córdoba, O. P., el bloque de razones que expone está, en la teoría y en la práctica, en contra de tales instituciones; los casos excepcionales, que según el documento se daban en la realidad, apenas se notan si no es con una lectura muy atenta. El documento, irrecusable por tantos conceptos, insensiblemente inclina a una injusta generalización total de lo que había en la práctica. Otros testigos ayudarían a fijar las excepciones.

El autor indica una limitación de su obra: "En el presente trabajo, se ha tratado de reducir a su mínimo los datos colaterales, agrupando cronológicamente la mayor cantidad de documentos y datos de interés, muchos de ellos completamente inéditos y hasta hoy desconocidos" (p. 23). Por eso, dentro del concepto más amplio y más preciso de la Iglesia que enseña el Concilio Vaticano II, que no la reduce a la jerarquía y su clero sino que incluye también a los laicos, subraya el autor: "Numerosas veces se hubiera deseado extendernos con determinados personajes y acontecimientos, pero se ha considerado que, así, la obra no llenaría sus fines. A lo largo de la vasta investigación realizada, hemos tropezado con las vidas de hombres y mujeres admirables, lo que nos ha animado a dejar para otra oportunidad el realizar estudios biográficos que hemos empezado a dar a conocer con la vida de Pedro de Betancur, de fray Rodrigo de

la Cruz Sor Encarnación Rosal, etcétera" (p. 46). Así también, al tratar de la expedición a los lacandones, promete ocuparse del egregio franciscano Ven. fray Antonio Margil, fundador del Colegio de Misioneros de Guatemala. Se echa de menos siquiera una mención de la contemporánea del santo franciscano y ocasionalmente su consultante, la heroica seglar Ana Guerra de Jesús, de la que recientemente ha publicado un fundamental estudio el P. Juan Antonio Platero, S. J., (**Ana Guerra de Jesús ante la Historia y la Teología Mística**. Bilbao, 1969. 597 Págs.). En los ocho largos lustros con que esta mujer fuerte coronó su santa vida en Santiago de Guatemala, recibió acertada dirección espiritual de extraordinarios maestros, uno de Nicaragua, otro de Honduras, otro guatemalteco y el cuarto, mejicano; ella era salvadoreña. La unión centroamericana tiene viejas raíces.

Con toda claridad descubre el autor su intención: "El principal objetivo en escribir esta obra ha sido el de abrir la brecha histórica, para que dando a conocer documentos auténticos de comprobada veracidad, se pueda tener a la mano una fuente digna de crédito, libre de sectarismos políticos u otros, para que al fin se pueda escribir la verdadera historia de la iglesia en Guatemala, la cual está completamente ligada a su vida socio-política, así como a su desarrollo intelectual y económico" (p. 45). Este primer tomo cubre el objetivo del autor.

Me permito indicar que obra tan valiosa como la de Estrada Monroy sería más útil con una bibliografía general sobre la Iglesia en América, sin que falte la reciente "Historia de la Iglesia en América Latina" de Enrique D. Dussel (Editorial Nova Terra, Barcelona, 1972. 348 págs.), y otra particular sobre la Iglesia en Guatemala; no sería difícil formar y completar la lista de las obras que el autor cita al pie de las páginas, de indudable valor documental, como la del Dr. Carmelo Sáenz de Santamaría, S. J., **Vida y Escritos de don Francisco Marroquín, Primer Obispo de Guatemala**. Aumentaría la utilidad de este archivo histórico un índice de personas.

Con la información que el Lic. Estrada Monroy da en este tomo, deja una obra fundamental e imprescindible para el estudio de la Iglesia en Guatemala, por lo que felicito al autor y también a la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala en su cincuentenario.

Jaime Martínez Martínez.